

LOS NIÑOS, LAS GUERRAS Y LA PERVERSIÓN ADULTA

Ángel Rodríguez Kauth

ÁNGEL RODRÍGUEZ KAUTH

ES PROFESOR DE PSICOLOGÍA SOCIAL
Y DIRECTOR DEL PROYECTO DE
INVESTIGACIÓN PSICOLOGÍA POLÍTICA,
EN LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL
DE SAN LUIS, ARGENTINA.
(E-MAIL: akauth@unsl.edu.ar)

RESUMEN

La primera parte de este trabajo es una breve revisión histórica de la participación de la sociedad civil en la guerra para contrastar su escasa vinculación en el pasado con su cada vez mayor intervención en la actualidad. Se exponen las diversas maneras en las cuales los niños, como actores son involucrados y afectados en forma indirecta con las guerras contemporáneas. Como conclusión, el autor establece los posibles daños físicos y psicológicos que estos niños sufren y sufrirán en el futuro. También hace un llamado para que los adultos nos pronunciemos en contra de esta situación.

PALABRAS CLAVES: Guerra, sociedad civil, infancia, perversión adulta.

ABSTRACT

The first section of this paper is a historical review of the participation of the civil society in war in order to make a contrast between its scarce participation in the past and its increasingly greater intervention at the present, especially women and children's participation. The various forms in which children are involved as actors and are affected in an indirect way in the contemporary wars are exposed. As a conclusion, the author establishes the possible physical and psychological damages these children suffer and will suffer in their future lives. He also claims for the adults to pronounce against this situation.

KEY WORDS: *War, civil society, childhood, adult perversion*

El Premio Nobel Alternativo de Economía¹ M. Max-Neef —que lo recibió en 1983— señaló, sin consideración de «buen» gusto alguno para sus lectores, que: «Una de las situaciones más trágicas, por las que la humanidad en su conjunto debe sentir tanto dolor como vergüenza, es que hemos construido un mundo (...) en el que la mayoría de los pobres son niños/as y, lo que es aún más grave, en que la mayoría de los niños son pobres» (1991). Letras más, letras menos, sus palabras son un perfecto reflejo —y descripción— de la realidad, mal que le pese a muchos y le duela a unos pocos.

No son muchas las personas con la sensibilidad suficiente como para percibir el drama que vive la infancia contemporánea. Para algunos analistas, esto obedece a que tal situación no es fácil de aprender, pero personalmente opino que tal argumento es una forma de fácil «escapismo» ante la realidad y que el hecho de la dificultad para percibir el drama de la minoridad se produce porque a todos nos «duele» que ocurran tales episodios, y una manera de evitar el «dolor» es negando la realidad que nos acompaña, es decir, mirando para otro lado. Es verdad, a unos les «duele» de verdad y otros —sobre todo los que tienen responsabilidades de función pública— hacen *como que* les «duele» —en un gesto hipócrita que los releva de toda otra expresión (Rodríguez Kauth, 1993)— para desentenderse de la responsabilidad que les cabe por una situación que —humanitariamente— no puede menos que ser condenada.

En algunas oportunidades se atenta contra los derechos más básicos de los niños y jóvenes² por acción, y la mayoría de las veces por omisión, mientras que en otras ocasiones son vulnerados sus derechos por «rebote», es decir, por acciones que no van directamente contra ellos, sino que atentan contra la humanidad toda, incluyendo a los niños, como es el caso del crimen de la guerra (Alberdi, 1870). Entiendo

1 Los Premios Nobel Alternativos los otorga la fundación instituida y presidida por Jacob von Uexkull, y son entregados en el Parlamento sueco el día anterior a la entrega de los tradicionales Premios Nobel. Hago esta acotación debido a que la «gran prensa» no le presta mayormente atención a este episodio «alternativo» que se preocupa por distinguir a aquellos que no transitan por los carriles normativos de lo «sensacional».

2 Que, en definitiva, no deben ser tratados como tales; lo mejor es tratarlos como personas, para no discriminarlos ni hacerlos pacientes de un tratamiento preferencial ni atípico, que los haga sentir como seres que —por su excepcionalidad— deben ser discriminados.

que para la situación particular de los niños/as que viven bajo condiciones de guerra, el mayor derecho que se les viola es el «de no ser adultos precoces», cosa que —como se verá más adelante— pareciera ser un común denominador para todos estos crímenes, tengan lugar donde fueren y estén sustentados sus protagonistas adultos sobre los más nobles y caros principios.

Quizás, la actualidad finisecular, en la que se impuso por decreto el *fin de las ideologías* (Fukuyama, 1990), por la que transitamos, con sus concomitantes características económicas, políticas y sociales de desarrollo hegemónico basado en el crecimiento de las variables macroeconómicas y de la acumulación de bienes a cualquier costo social y ecológico, sea un fenómeno que esté haciendo agua por todas partes y que, en consecuencia, las expresiones del subdesarrollo y sus secuelas que el modelo neoliberal estaba llamado a sostener bajo penumbras con las fabulosas ganancias que el mismo aportaría a sus vencedores. Es altamente probable que el mismo también se vea dificultado³ y los efectos de estas experiencias van haciéndose cada vez más notables y evidentes.

Y es dentro de este marco en que se instalan las guerras contemporáneas, conflictos bélicos en los cuales los bandos en disputa no tienen el número de *pérdidas* —o de víctimas⁴— que la población civil, la cual se ve afectada por las matanzas y mutilaciones de las minas antipersonales, de los bombardeos —aéreos, terrestres o navales—, de los abusos y atropellos de la infantería y de las terribles hambrunas, éxodos y la pérdida de seres queridos. En este panorama, los niños, aquellos que todavía no están en edad de empuñar las armas —al menos en lo esperable y teóricamente—, son los que más sufren tal afrenta contra la humanidad toda.

Si la infancia es uno de los grupos etéreos más perjudicados por la violencia social que se impone desde regímenes injustos, también constituye el grupo más seriamente afectado —física y psicológicamente— por la incongruente política en que se basan las relaciones sociales internacionales, y hasta las nacionales. El comercio de la guerra —uno de los más lucrativos para los fabricantes y traficantes de armas, como

³ Porque quienes ganan no quieren dejar algo para aquellos que lo perdieron todo.

⁴ Con la primera acepción se deshumanizan los efectos de la guerra al nivel de la metáfora, ya que se considera a los muertos y heridos como cifras de un cuaderno de contabilidad.

también para los *lavadores de dinero*— ha dado lugar a esas imágenes tenebrosas, presentadas con desparpajo por la televisión —siempre en el momento justo para tomar lo más deleznable—, de niños o púberes empuñando ametralladoras, en episodios tales como los que se conocen bajo el nombre de la *Intifada* palestina contra los israelís de los niños y niñas sometidos a vejámenes durante la lucha contra el *apartheid* sudafricano —situación que se repitió en Bosnia—; los pequeños combatientes en El Salvador, como en Sudán, en Colombia y en el propio Brasil, país, este último, donde se han instalado las luchas fratricidas de *los sin tierra* contra la oligarquía vacuna, que se niega a dejar que millones de personas puedan comer de lo que ellos producen en sus territorios ocupados por los terratenientes.

Respecto a la victimización de niños(as) en conflictos bélicos, téngase presente que durante la Primera Gran Guerra (1914-18) solamente el 5% de las víctimas producidas por dicha conflagración fueron civiles; aunque también debe tenerse presente que la mayoría de quienes conformaron ese 5 por ciento —que numéricamente parece ínfimo— fueron mujeres y niños. Pero las cifras alcanzan valores catastróficos cuando se considera que durante la Segunda Guerra Mundial (1939-45) las víctimas de esta categoría ascendieron al 50% del total, y en las conflagraciones posteriores, que se calculan en unas 160 —hasta finales de 1990—, la población civil sufrió el 90% de las víctimas fatales. Estos números demuestran al menos dos cosas: a) que los militares han aprendido a protegerse de sus propios armamentos, y b) que el blanco predilecto de los asesinos con patente y autorización para cometer crímenes ha sido puesto en los sectores poblacionales más indefensos. Para seguir con las frías y desconsideradas cifras —pero que resultan ilustrativas para los fines analíticos que vengo presentando—, vale anotar que durante la última década han muerto más de un millón y medio de menores de 15 años, y una cifra cercana a triplicar a la anterior es la de menores que han quedado físicamente impedidos o con sus capacidades físicas disminuidas⁵. Acerca del daño psicológico sufrido por estos 4 millones de inválidos —como también de todos aquellos que sufrieron los horrores

5 Un cálculo nada alentador de la UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia) señala que cada dos víctimas fatales en las actuales «guerras de baja intensidad» o conflictos intranacionales o intraétnicos, una de ellas es un menor de edad.

de la guerra, pero que tuvieron la suerte de no sufrir discapacidad física visible (Rodríguez Kauth, 1989)— no se tienen datos, ya que —normalmente— los psicólogos no se preocupan por estas víctimas, ni se ocupan de ellas; prefieren quedarse cómodamente atendiendo en el diván de su consultorio particular y no acercarse a las «zonas calientes», como lo hacen, por ejemplo, los miembros de la Organización Internacional de Médicos sin Fronteras.

Los menores no han escapado a las demandas de «material» humano para el combate. Durante el decenio 1987-1997 fueron reclutados para el combate alrededor de 10 millones de niños, de entre 8 y 15 años, en los 26 conflictos bélicos que se desarrollaron en diversas partes del mundo. Los muertos de dicha población —entre reclutados y no reclutados— sumaron 2 millones, mientras que más del 60% de los sobrevivientes sufrieron heridas que los dejaron inválidos para el resto de sus días. Y como si esto fuera poco, existen alrededor de once millones de menores que han sufrido el desarraigo familiar, y deambulan como parias del destino por un *mundo* que les es *ancho y ajeno*, pero bajo el manto «protector» que les ofrece su condición de *refugiados*.

A partir de la frialdad de los datos, es preciso advertir que no es casual que en la actualidad mueran más niños y mujeres que en otras épocas durante situaciones de guerra. Aunque parezca ridículo, vale la pena señalar que antiguamente —hasta no hace más de 70 años— la guerra era un ejercicio «noble», en la que se enfrentaban los contendientes y se procuraba dejar indemnes a los que no estaban explícitamente implicados en el episodio en cuestión.

Los que guerreaban sabían que ellos también tenían mujeres —madres o esposas— e hijos a los que les podía pasar algo semejante a lo que ellos hicieran con los de sus enemigos; entonces evitaban herir o matar a cualquiera de estas dos categorías de personas. En la actualidad, la crueldad ha llegado a términos inverosímiles (Rodríguez Kauth, 1987), ya que ha entrado en juego el cálculo económico del valor de matar mujeres y niños. Durante la guerra entre serbios y bosnios⁶, los combatientes serbios —y los bosnios también— tenían fijada una suma de dinero —como recompensa— por cada persona que mataba un francotirador. Lo notable de esto es que la cifra se multiplicaba por dos

⁶ En la década de los noventa.

cuando la víctima era una mujer, y la multiplicación llegaba a cinco... cuando era un niño. El razonamiento utilizado era simple y no exento de lógica mercantilista: Si se mata a una mujer se está matando un vientre que puede engendrar futuros combatientes enemigos, y al matar un niño se evita que crezca y se convierta en soldado. Todo esto se reúne alrededor de un sólo argumento: Desmoralizar al enemigo, provocar su decaimiento por la pérdida de un ser querido. Uno de los objetivos centrales de los combates modernos es el de la destrucción, el desplazamiento y la humillación civil, todo lo cual sirve para el objetivo señalado.

Y muchas veces los niños, en los espacios donde se hace la guerra de los adultos, no mueren ni sufren amputaciones por causa diferente a su propia curiosidad y el afán de jugar con cualquier cosa que les parezca novedosa. Los adultos hemos tenido la «virtud» y sagacidad de inventar «minas explosivas» llamadas *antipersonales*. Las mismas tienen por objeto provocar heridos en el campo de batalla que necesiten ser atendidos por otro combatiente, con lo cual, merced a un elemental cálculo matemático, se logra que por un enemigo que quede fuera de combate quede otro de la misma forma, ya que este último, como se dijo, tendrá que atender al herido.

Pero las minas antipersonales tienen la extraña característica, a diferencia de las antitanques, de correrse del lugar donde son sembradas, juntamente con los residuos que arrastra el agua de lluvia. Por lo cual se hace sumamente difícil conocer cuáles son los campos minados y proceder a su desmantelamiento. Asimismo, dichas minas están construidas –básicamente– con material plástico, lo cual dificulta aún más su detección. Resultado final de esta mezcolanza macabra de ciencia, tecnología y estupidez humana: Gente que pisa o toca descuidadamente estos «aparatos del terror». Y la mayoría de los que cometen tamaños descuidos son niños(as), quienes las encuentran en el suelo y las mueven con los pies o las manipulan. Si las pisan pueden perder uno o los dos miembros inferiores; si las toman con las manos, seguramente perderán los dos miembros superiores, además de sufrir serias lesiones en el rostro y el tronco. Según el Informe Anual de la UNICEF (1994), centenares de miles de menores quedaron mutilados como consecuencia de la utilización de esta argucia de la tecnología moderna.

Sobre el tema de las minas y los niños(as) reclutados para la guerra,

debe recordarse que durante la prolongada guerra islámica entre Iraq e Irán (1980-1988), los menores eran sacados de las escuelas y enviados en misiones «santas» a rastrear campos supuestamente minados. Al margen de lo aberrante de dicha «estrategia militar/religiosa», cabe resaltar cuán hipócritas (Rodríguez Kauth, 1994, 1995) pueden ser dichas estrategias militares, ya que los niños del *cadalso* llevaban consigo un breviario islámico que les aseguraba que —en caso de morir en la riesgosa misión— el paraíso les abriría sus puertas de par en par para que entraran gloriosos. Y esta metodología perversa la usaban tanto las tropas iraníes como las iraquíes.

Pero no todo son riesgos físicos, ya algo he señalado acerca de los peligros psíquicos que implica vivir y criarse en un campo bélico. Mayormente no hay información fidedigna acerca de lo que resulta de esa situación. Solamente es posible trabajar con hipótesis —o mejor, con «corazonadas»— a partir de las inferencias que se pueden realizar a partir de la situación que vive la niñez sometida al desgarramiento de la pérdida de familiares, de amigos, del desarraigo, de la visión lujuriosa de la muerte presentada «en vivo y en directo» —y muchas más veces de lo que se cree, teniéndolos como protagonistas activos del *crimen de la guerra*— y del uso frecuente —e innecesario y abusivo— de las armas de fuego. El reclutamiento de niños para hacer la guerra es posiblemente uno de los hechos que dejan más severas marcas en ellos. Quizá esta afirmación surge debido a que esta amarga experiencia es la que deja en los niños una marca indeleble que se puede encontrar —más adelante en el tiempo— en los ámbitos carcelarios.

El reclutamiento infantil no es un episodio novedoso y exclusivo de nuestra época, de este siglo que ya finaliza. Los *grumetes* formaron parte de las tripulaciones de los barcos de guerra, y se sabe que los que tocaban el tambor en los campos de batalla eran niños que acompañaban a las tropas. Inclusive, el nombre que se les da a las fuerzas de ocupación o que sirven de a pie en la milicia de línea la *infantería* tiene la misma raíz *infant* en español, inglés, alemán, italiano y portugués, lo que permite suponer sin mayor aventurerismo intelectual que originariamente se trataba de infantes, aunque esta suposición choque con el hecho de que se consideraba «infante» a quien no había cumplido los siete años. Pero antiguamente los niños se incorporaban a los ejércitos como acompañantes de mayores enlistados o a causa de su orfandad.

Esos pequeños no eran capaces de utilizar las pesadas armas de entonces, y solamente servían para tareas de logística, como ayudar a cocinar, cuidar de las caballerías, limpiar y algún otro menester secundario; todo esto permaneciendo siempre tras la línea de combate, en la no siempre segura retaguardia.

En la actualidad, muchos niños optan por sumarse a las tropas por razones semejantes a las mencionadas. Quizás hoy su presencia entre los combatientes les garantiza un plato de saludable comida, pero la extrema diferencia estriba en que los niños son utilizados como combatientes. Un fusil liviano puede ser manejado perfectamente por una persona que pese más de 35 kilos, y para eso no se necesita ser un adulto. Para los niños es como un «juego» armar y desarmar un fusil liviano o de asalto tarea para la cual necesita muy poco entrenamiento por parte de los expertos. Además, debe considerarse que un niño tiene mayor capacidad de movimiento y de escabullirse que un adulto, debido a la diferencia de tamaño entre uno y otro. Es por eso que se los suele utilizar en la ardua tarea de francotiradores.

Pero hay otra razón para utilizar niños en combate: Su fragilidad o inmadurez psicológica. Por esta condición evolutiva tan particular, los niños suelen ser «soldados» dóciles, los cuales resultan fáciles de intimidar por parte de sus superiores. Mayormente no plantean reparos de conciencia ante órdenes que implican cometer una atrocidad, precisamente por aquello de que aún no tienen plenamente formada y desarrollada la conciencia moral (Piaget, 1965).

Por aquella misma capacidad de escabullirse y de pasar inadvertidos para el enemigo, resulta muy difícil para los organismos internacionales conocer el número de niños «soldados» que existen. Durante el período 1977-1997 se pudo comprobar que hubo niños enrolados en más de 20 conflictos bélicos. La mayor parte de las veces lo fueron en lo que eufemísticamente se conoce como tropas «insurgentes»⁷, pero esto no significa que no se haya comprobado su presencia en las filas de tropas regulares, como ha sido el caso para nuestra América hispánica, los de El Salvador, Guatemala y Colombia. El resto de los casos tuvieron lugar en espacios «salvajes», no civilizados, como

⁷ La cual es una categoría analíticamente un tanto torpe, ya que el insurgente combate y lucha la más de las veces contra tropas «legales» que lo superan en calidad y cantidad.

lo son el Africa y Asia; pero los occidentales nos olvidamos que Hitler utilizó niños cuando ya no tenía tropas para llevar al frente. Asimismo, cabe recordar que el propio Stalin no se quedó atrás en lo que respecta a semejante desatino. En nuestro cercano Perú, los niños se enrolaban en las filas de Sendero Luminoso a principios de los noventa porque eso les permitía obtener un buen sueldo mensual que jamás obtendrían en un trabajo común. El riesgo de trabajo tan especial, como era poner o trasladar bombas, consistía en la posibilidad de perder la vida la cual no era muy valorada debido a que sus expectativas de tránsito por el mundo se hallaban limitadas por una pobreza extrema; pero si esto ocurría dejaban asegurada a su paupérrima familia, a la cual la «organización» le compraba una vivienda y le pagaba una suerte de «lucro cesante» por la pérdida del hijo, generalmente el mayor, el cual no tenía más de 16 a 17 años, según pude obtener testimonio directo anónimo, como es obvio al respecto.

Pero que nadie se llame a engaño: La vida de «aventuras» que se vive como combatiente tiene un *savoir faire* que pocos queremos reconocer como atrayente. Niños hambrientos, sin la calidez de un techo que los cobije, muchos de ellos huérfanos, asustados por el panorama que los rodea y además frustrados debido a que viven bajo un clima bélico, son personajes proclives a subirse al carro de esta vida aventurera que les propone un objetivo en la vida. Aunque sea un objetivo perverso como es el de matar, pero objetivo al fin, y que adquiere una significativa importancia cuando no se tienen otros objetivos mejor ubicados en una tabla axiológica, generalmente desaparecida por una realidad que hace desaparecer en un abracadabras mágico todas aquellas cosas que los contenían y que ya no los contienen más. Familia, escuela, religión, moral cívica, etc., ahora son palabras «de buena crianza», huecas, han perdido su valor, y estos pequeños ya no encuentran un continente que les sirva para contener sus desbordes emocionales.

Por otra parte, no hay que olvidar, dentro de estas situaciones de hambruna generalizada que provoca la guerra, que en muchas oportunidades son los propios progenitores los que enrolan a sus hijos en una fuerza de combate, con el solo objetivo de asegurarles una comida diaria y tenerlos cerca suyo. Durante la guerra civil de Liberia, la Cruz Roja Internacional encontró, en 1990, que había menores de 7 años combatiendo por la causa recién indicada. Si bien se puede argüir que

se trata de una explicación paterna deleznable, sin embargo no es un argumento desechable, y debe tenerse en cuenta a la hora de explicar estos episodios que normalmente están alejados de la vida diaria de quienes tienen tiempo de leer este tipo de comentarios. No debe olvidarse que en situaciones de guerra, la logística militar y el «esfuerzo de guerra» están puestos al servicio de mantener a las tropas bien alimentadas y vestidas.

Otra razón más para justificar el enlistamiento de estos «niños-soldados» se encuentra en el afán de imitar a los mayores que pelean por algo aunque ellos no sepan muy bien qué es eso del patrimonio lingüístico o de la Justicia, etc., pero dicha explicación muchas veces es pueril y surge de los adultos para justificar su testimonio bélico frente a los niños y jóvenes. Sí, en cambio, resulta ser un argumento poderoso y avalado por estudios realizadas con niños(as) en tales situaciones el deseo de venganza. Es bien sabido que los niños buscan revancha, una suerte de desquite, por las frustraciones en que cayeron. ¡Y qué mejor venganza que tomar las armas para matar a quienes hicieron lo mismo con sus padres! Tampoco esto es justificable desde una actitud ética, pero al menos permite comprender los porqué y para qué de tales conductas que suelen considerarse aberrantes y en más de una oportunidad se las juzga mediante una ética mojigata, que convierte a las víctimas, los niños, en victimarios.

Buena parte de las conductas bélicas y la sola vivencia en tales espacios que he venido citando hasta aquí, más muchas otras que ignoro por no tener información suficiente y no haber vivido jamás en un campo de batalla, dejan una marca insoslayable en la historia psíquica de los niños. Summerfield (1992), en un estudio realizado con niños de El Líbano, encontró que éstos sostenían el mismo tema de conversación recurrente la guerra en un 96% de los casos entrevistados y observados. Así mismo, un 86% tenían a dicho tema como el principal argumento para sus actividades lúdicas, y la cifra se reducía al 80% en lo que se refiere a la temática de sus ilustraciones gráficas. Sin duda que son datos que causan escozor a cualquier psicólogo o persona que esté atenta a tales conductas.

En un estudio realizado por la UNICEF en 1993, durante el cual se entrevistaron a 1.500 *niños de la guerra*, se encontró que el 91% de ellos tenían severos trastornos gastrointestinales debidos según los

investigadores a la condición de estrés permanente en que estaban viviendo. Asimismo, el 79% de ellos sufrían de pesadillas constantes y tenían el sueño alterado, además de mostrar un síntoma depresivo notable como es el de llorar o tener ganas de llorar con suma frecuencia. Fenómenos semejantes fueron hallados también en los estudios que realizó A. Freud (1965) durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.

Otro hecho que impacta severamente a los menores y también a los adultos es el de la violación sexual por parte de las tropas enemigas⁸. J. Petras y T. Wongchaisuwan (1993) han señalado que «*La industria sexual se desarrolló durante la guerra de Indochina, junto con las bases militares norteamericanas, y se expandió rápidamente tras el Tratado firmado en 1967, por el que se permitió a los soldados norteamericanos en Vietnam ir de «descanso y recreo» a Tailandia*». Y agregaron que aproximadamente el 10% del crecimiento en el Producto Bruto Interno de Tailandia gira alrededor de la actividad sexual de prostitutas adultas y menores, lo cual traerá aparejado enormes costos que no podrán ser enjugados con aquel 10% en consecuencias sanitarias y sociales (drogadicción, criminalidad, violencia familiar, etc.), además de lo que puede ser incluido en el capítulo de la degradación humana.

Pero sin ir tan lejos como a la extraña Indochina, en «nuestra» América, este autor puede dar testimonio de que en la Ciudad de Panamá, luego de la invasión de las tropas norteamericanas a dicho país soberano con el fin de destituir y capturar al presidente Manuel Noriega durante la Navidad de 1989—, le fue ofrecida en comercio sexual una niña de diez años por 50 dólares; el precio fue rebajado a 20, y el «propietario» de la misma que era su hermano terminó rebajando la «oferta» a 10 dólares, o lo que se le quisiera dar para poder comprar algo de comida. El «pobre» hombre me confundió con un «gringo» y creyó que yo podía ser un buen comprador de su mercancía. Eso sí, por aquel entonces en que estuve trabajando en Panamá 1992, las orgullosas y victoriosas tropas de los *marines* patrullaban las calles de la ciudad ¡para evitar actos delictivos! Sobre las consecuencias psicológicas y psicosociales de la prostitución infantil —tanto de mujeres como varones, como también de la violencia sexual que se ejerce sobre ellos, ya me he referido en otro lugar, y es sobre lo cual se habla en el párrafo siguiente.

⁸ Y en algunos casos también de las «amigas».

Y en esto de las violaciones y violencias sexuales cometidas a menores de territorios ocupados no solamente tienen que ver las fuerzas «enemigas»; también las «amigas» tienen su responsabilidad en ello. «(...) debe agregarse otra denuncia de la Unicef acerca de la participación de Fuerzas de Paz de las Naciones Unidas, en territorios ocupados para su pacificación, en hechos de corrupción de menores y en el intenso incremento de la prostitución femenina como masculina al paso de la tan majestuosa fuerza «pacificadora», la cual acude a un lugar con conflictos políticos internos para poner orden (entendido a su manera) dentro del desorden general imperante» (Rodríguez Kauth, 1998b). Inclusive, cabe señalar que la propia Organización de las Naciones Unidas reconoció en 1993 que una quinta parte de sus «casco azul» habían contraído enfermedades venéreas, como también ocurrió lo propio con 6.000 funcionarios extranjeros en el territorio ocupado de Camboya. Y cuando se habla de enfermedades venéreas, también se está incluyendo al flagelo de este fin de siglo: El sida.

Los niños que transitan por estas dolorosas experiencias han sido definidos, según un informe realizado por la Universidad de Harvard en 1991, luego de la «heroica» Guerra del Golfo Pérsico, como niños y niñas que *carecen de alegría*, y en los cuales se observa que *todos sus sentimientos han sido erradicados*. Estos dos síntomas, unidos a los mencionados, hacen que se esté frente a un síndrome peligroso para la vida psíquica y la realidad psicosocial en que estos niños si es que sobreviven deberán insertarse cuando sean adultos.

Estos niños(as) sobrevivientes son víctimas de una realidad injusta, que, a su vez, los convierte en futuros victimarios de aquellos que los victimizaron. Los vínculos de estas criaturas están destruidos, tanto en lo psicológico como en lo social. Sus familias ya no existen o están fraccionadas o fracturadas. Su vinculación con el mundo es a través del odio que puede engendrarse a partir de las vivencias que he venido describiendo. El uso habitual de armas de fuego, o la costumbre de convivir cerca de ellas, se convierte en el medio óptimo y que mejor saben manejar para lograr lo que desean o bien para satisfacer sus frustraciones bajo la forma de venganza, expresada ésta en agresión violenta contra los otros.

En síntesis, los síntomas psicopatológicos más comunes que se observan en niños(as) que han vivido bajo la presión de conflictos

bélicos directamente son: Depresión, psicosis, desesperanza, impotencia, neurosis y pérdida de la memoria. Todos estos son trastornos psicológicos que se viven también en los ambientes más pacíficos que se puedan imaginar. La diferencia entre ambas situaciones, y que hace que se llame la atención acerca de ellas, consiste en que para los menores sobrevivientes en dichas condiciones, tales cuadros psicopatológicos se multiplican, varias veces, con respecto al resto de las situaciones de vida bajo situaciones de no guerra.

Y esto es lo que los adultos debemos evitar luchando valga la expresión metafórica con nuestros argumentos que sin dudas son fuertes para evitar más conflagraciones internacionales, y que en aquellas que se desaten dentro de los propios estados, se trate de proteger por lo menos a los menores de edad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, J. B. (1870). *El Crimen de la Guerra*. Buenos Aires, W. M. Jackson.
- ARDILA, R. (1986). *El Impacto Psicológico de la Guerra Nuclear*. Bogotá, Ed. Catálogo Científico.
- FREUD, A. y BURLINGHAM, D. (1965). *La Guerra y los niños*. Buenos Aires, Paidós.
- FUKUYAMA, F. (1990). «¿El fin de la historia?». *Babel*, N° 14.
- MAX-NEEF, M. (1991). «Foilles of Humankind». *J. Resurgence*, N° 145.
- MONTERO, M. y otros (1987). *Psicología Política Latinoamericana*. Caracas, Panapo.
- PETRAS, J. y WONGCHAIUWAN, T. (1993). Tailandia: Libre mercado, sida y prostitución. *Cuadernos de Africa y de América Latina*, N° 11.
- PIAGET, J. (1965). *El juicio moral en el niño*. México, Fondo de Cultura Económica.
- PINEDA, G. y GUERRA, B. R. (1997). *Cómo ven los niños su mundo*. Managua, Red Barna.
- RODRÍGUEZ KAUTH, A. (1987). La Psicología Latinoamericana ante la Guerra Nuclear o la lucha por la Paz. En Montero.
- (1989). Los psicólogos y el derecho de los humanos a la paz. *Política Internacional* (Belgrado), N° 941.
- (1993). *Psicología de la Hipocresía*. Buenos Aires, Almagesto.
- (1995). Chechenia y la Hipocresía Mundial. *Iniciativa Socialista*, Año VII, N° 33.
- (1997a). *Lecturas y Estudios de Psicología Social Crítica*. Buenos Aires, Espacio Editorial.
- (1997b). *De la Realidad en que Vivimos y otras cosas*. San Luis, Ed. Universitaria.
- (1998a). El uso perverso de las Políticas para con los Pobres. *Iniciativa Socialista*, N° 48.
- (1998b). Lectura Psicopolítica de la Prostitución Infantil. *Psicología Contemporánea*, Vol. 5, N° 2.
- SUMMERFIELD, D. (1991). «The psychosocial effects of conflict in the Third World». *Development in Practice*, Vol. 1, N° 3.

Copyright of Investigación y Desarrollo is the property of Fundacion Universidad del Norte and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.